

del 28 de agosto anula la declaración de un jurado de Anvers: infracción muy pequeña, sin duda, de los derechos de los ciudadanos, después de la enorme arbitrariedad de que había usado el emperador; pero en el fondo de las leyes hay una santa independencia, cuyos gritos se oyen: esta opresión de un jurado hizo más ruido que las opresiones diversas de que la Francia había sido víctima.

En fin, en el Mediodía, el enemigo había tocado nuestro suelo: los ingleses, obsesión de Napoleón y causa de casi todas sus faltas, pasaron el Vidasoa el 7 de octubre, y Wellington, el hombre fatal, puso el primero el pie sobre la tierra de Francia.

Obstinándose en permanecer en Sajonia, á pesar de la toma de Vandamme en Bohemia y de la derrota de Ney cerca de Berlín por Bernadotte, Napoleón volvió sobre Dresde. Entonces se levanta el Landsturm, y se organiza una guerra nacional semejante á la que dió la libertad á España.

CAMPAÑA DE SAJONIA Ó DE LOS POETAS.

Los combates de 1813 se han llamado la campaña de Sajonia: mejor llamados serían la *campaña de la joven Alemania ó de los poetas*. ¿A qué desesperación no nos había reducido la opresión de Bonaparte, puesto que al ver correr nuestra sangre no podíamos defendernos de un movimiento de interés hacia esa juventud generosa que empuñaba la espada en nombre de la independencia? Cada uno de estos combates era una protesta para los derechos de los pueblos.

En una de sus proclamas, fechada en Kalisch el 25 de marzo de 1813, Alejandro llamaba á las armas á las poblaciones de Alemania, prometiéndoles en nombre de sus hermanos, los reyes, instituciones libres. Esta señal hizo estallar la *Burschenschaft*, ya secretamente formada. Las universidades de Alemania se abrieron, y pusieron á un lado el dolor para no pensar sino en la reparación de la injuria: «Que las lamentaciones y las lágrimas sean cortas, la tristeza y el dolor largos, decían los germanos de otro tiempo; á la mujer es decente llorar, al hombre acordarse.» Entonces la joven Alemania corrió á libertar á su patria; entonces se unieron esos germanos, *aliados del imperio*, de que la antigua Roma se sirvió á manera de armas y de dardos: *velut tela atque arma*.

El profesor Fichte daba en Berlín en 1813 una lección sobre el *deber*; habló de las calamidades de la Alemania, y terminó su lección con estas expresiones: «El curso quedará, pues, suspendido hasta el fin de la campaña, y lo continuaremos en nuestra patria ya libre, ó habremos muerto por reconquistar la libertad.» Los jóvenes oyentes se levantan y prorumpen en gritos: Fichte baja de su cátedra, atraviesa la multitud y va á inscribir su nombre en el registro de un cuerpo que salía para el ejército.

Todo lo que Bonaparte había despreciado é insultado se le convierte en peligro: la inteligencia baja á la liza contra la fuerza bruta, y Moscú es la antorcha á cuya luz ciñe la Germania su talabarte!—«¡A las armas! esclama la musa. ¡El Fénix de la Rusia se ha lanzado de su hoguera!» Esa reina de Prusia, tan débil y tan bella, á quien Napoleón había colmado de ultrajes poco generosos, se transforma en una sombra implorante é implorada:—«¡Qué dulcemente duerme! cantan los bardos. ¡Ah, ojalá duermas hasta el día en que tu pueblo lave en la sangre el moho de su espada! ¡Despierta entonces, despierta; y sé tú el ángel de la libertad y de la venganza!»

Körner solo tiene un temor, el de morir en prosa:—«¡Poesía, poesía, exclama; dame la muerte á la claridad del sol!»

Y compone en el vivaque el himno de *La Lira y la espada*.

EL CABALLERO.

«Dime, buena espada mía; ¿por qué es hoy tan ardiente el relámpago de tu mirada? Tú me miras con ojos de amor, espada que haces mi alegría. ¡Hurrah!»

LA ESPADA.

«Es que me ciñe un bravo caballero, y eso es lo que inflama mis miradas; es que yo soy la fuerza de un hombre libre, y eso es lo que hace mi alegría. ¡Hurrah!»

EL CABALLERO.

«Si, espada mía; si, yo soy un hombre libre, y te amo con todo mi corazón; te amo como si fueras mi desposada; te amo como á una amante querida.»

LA ESPADA.

«Y yo me he entregado á tí; á tí, mi vida; á tí, mi alma de acero! ¡Ah, si estamos prometidos, cuándo me dirás:—Ven, ven, querida mía!»

«No se cree oír á uno de aquellos guerreros del Norte, uno de aquellos hombres de batallas y de soledades, del cual dice Saxo el Grammatico:—«Cayó, rió y murió.»

No era esto un entusiasmo frío y calculado: Körner tenía la espada ceñida; bello, rubio y joven, Apolo á caballo cantaba de noche como el árabe sin apearse, y al cargar al enemigo, su *maoual*, iba acompañado del galope de su brido. Herido en Lutzen, se arrastró en los bosques, donde lo encontraron unos paisanos; pero reapareció y murió en las llanuras de Leipsich, teniendo apenas veinte y cinco años: habíase escapado de los brazos de una mujer á quien amaba, y ahora moría en lo mejor de su vida. «Las mujeres se complacen, decía Tyrteo, en contemplar á un joven resplandeciente y de pie; pero no es menos bello cuando cae en la primera fila.»

Los nuevos Arminius, alimentados en la escuela de la Grecia, tenían un cántico general: cuando estos estudiantes abandonaron el apacible retiro de las ciencias por los campos de batalla, los placeres silenciosos del estudio por los ruidosos peligros de la guerra, Homero y los Niebelungen por la espada, ¿qué opusieron á nuestro himno de sangre, á nuestro cántico revolucionario? Estas estrofas, llenas de afección religiosa y de la sinceridad de la naturaleza humana:

«¿Cuál es la patria del alemán? ¡Nombradme esa gran patria! Tan lejos como resuene la lengua alemana; tan lejos como los cantos alemanes se hagan oír en alabanza de Dios, allí debe estar la patria del alemán.»

«La patria del alemán es el país donde un apretón de manos basta por todo juramento; donde la buena fe pura brilla en todas las miradas; donde el afecto reside ardientemente en todos los corazones.»

«¡Oh, Dios del cielo! Inclina tus miradas sobre nosotros, y danos ese espíritu tan puro y verdaderamente alemán, para que podamos vivir fieles y buenos. Aquí está la patria del alemán; todo este país es su patria.»

Estos camaradas de colegio, ahora compañeros de armas, fieles á la poesía de sus sueños, á las tradiciones de la historia, al culto de lo pasado, hicieron de un antiguo castillo y de un antiguo bosque los asilos conservadores de la *Burschenschaft*. La reina de Prusia era su patrona en vez de la reina de las noches.

Desde lo alto de una colina, de en medio de los escombros, los estudiantes soldados, con sus profesores capitanes, descubrían las cúpulas de sus universidades queridas; y conmovidos al recuerdo de su docta antigüedad, enternecidos á la vista del santuario del es-

tudio y de los juegos de su infancia, juraban libertar su país, como Melchthal, Furst y Stauffacher pronunciaron su triple juramento al aspecto de esos Alpes por ellos inmortalizados, ilustrados por ellos. El genio alemán tiene algo de misterioso: la Thecla de Schiller es aun la doncella teutónica dotada de presciencia y formada de un elemento divino. Los alemanes adoran hoy la libertad con una vaguedad indefinible, del mismo modo que en otro tiempo llamaban Dios al secreto de los bosques: *Deorumque nominibus apellant secretum illud*... El hombre cuya vida era un ditirambo en acción, no cayó sino cuando los poetas de la joven Alemania hubieron cantado y tomado la espada contra su rival Napoleón, el poeta armado.

Alejandro era digno de haber sido el heraldo enviado á los jóvenes alemanes, pues participaba de sus elevados sentimientos, y estaba en esa posición de fuerza que hace posible los proyectos; pero se dejó asustar del terror de los monarcas que le rodeaban. Estos monarcas no cumplieron sus promesas, y no dieron á sus pueblos instituciones generosas. Los hijos de la musa (llama por cuyo medio se animaron las masas inertes de soldados) fueron sepultados en calabozos en recompensa de su patriotismo y de su noble credulidad. ¡Ay! la generación que dió la independencia á los teutones se ha desvanecido, y solo han quedado en Germania viejos gabinetes gastados, que llaman lo mas alto que pueden á Napoleón un *grande hombre*, para hacer servir de excusa su admiración presente á su bajeza pasada. En el necio entusiasmo por el hombre que continúa pesando sobre los gobiernos después de haberlos azotado, apenas se acuerda nadie de Körner. «Arminio, libertador de la Germania, dice Tácito, fue desconocido á los griegos, que solo se admiran á sí propios, y poco celebrado entre los romanos, á quienes había vencido; pero aun le cantan algunas naciones barbaras: *Canturque barbaras apud gentes*».

BATALLA DE LEIPSICK.—VUELTA DE BONAPARTE Á PARÍS.—TRATADO DE VALENZAY.

El 18 y el 19 de octubre se dió en los campos de Leipsick ese combate que los alemanes han llamado la *batalla de las naciones*. Al terminar el segundo día, pasándose del campo de Napoleón los sajones y wurtembergueses bajo las banderas de Bernadotte, decidieron del resultado de la acción: victoria manchada de traición. El príncipe de Suecia, el emperador de Rusia y el rey de Prusia penetraron en Leipsick por tres puertas diferentes, y habiendo experimentado Napoleón una inmensa pérdida, se retiró haciendo volar los puentes detrás de sí. Herido dos veces el príncipe Poniatowski, se aboga en el Elster, y la Polonia se abisma con su último defensor. Napoleón se detuvo en Erfurt, y desde allí anunció en su boletín que su ejército, siempre victorioso, *llegaba como un ejército batido*. Poco tiempo antes había visto Erfurt á Napoleón en el colmo de su prosperidad.

En fin, los bávaros, desertores después de otros de una fortuna abandonada, intentan exterminar en Hanau el resto de nuestros soldados: algunos conscritos, ya veteranos, salvan á Bonaparte y toman posición detrás del Rhin. Llegado como fugitivo á Mayenza, Napoleón se encontró el 19 de setiembre en Saint-Cloud, y llegó á decirle el infatigable Lacépède:—«V. M. lo ha vencido todo.» Mr. de Lacépède había hablado razonablemente de los ovíparos, pero él no podía tenerse en pie.

La Holanda reconquista su independencia y llama al príncipe de Orange.

El 1.º de diciembre declararon las potencias aliadas que ellas no hacían la guerra á la Francia, sino al emperador solo, ó mas bien á esa preponderancia que se había ejercitado demasiado largo tiempo fuera

de los límites de su imperio, para desgracia de la Europa y de la Francia.»

Cuando se ve acercarse el momento en que vamos á ser encerrados de nuevo en los límites de nuestro antiguo territorio, se ocurre preguntar de qué había servido el trastorno de la Europa y el sacrificio de tantos millones de hombres. El tiempo nos tragó, y continúa tranquilamente su curso.

Por el tratado de Valenzay de 11 de diciembre, el miserable Fernando VII es enviado á Madrid, y así terminó oscura y precipitadamente esa criminal empresa de España, causa primera de la pérdida de Napoleón.

Siempre se puede ir al mal; siempre se puede matar un pueblo ó un rey; pero la vuelta es difícil: Jacobo Clemente acomodaba sus sandalias para el viaje de Saint-Cloud, y sus cofrades le preguntaban riendo cuánto duraría su obra.—«Lo bastante para el camino que tengo que hacer, respondió; lo que tengo que hacer es ir, pero no volver.»

EL CUERPO LEGISLATIVO CONVOCADO Y APLAZADO.—LOS ALIADOS PASAN EL RHIN.—CÓLERA DE BONAPARTE.—PRIMER DÍA DEL AÑO DE 1814.

El 19 de diciembre de 1813 se reunió el cuerpo legislativo. Sorprendente en el campo de batalla, notable en su consejo de Estado, Bonaparte no tiene ya el mismo valor en política: ignora la lengua de la libertad, y si quiere expresar afecciones congénitas, sentimientos paternales, se entenece de pronto, y coloca palabras conmovidas en su insensibilidad:—«Mi corazón, dice al cuerpo legislativo, tiene necesidad de la presencia y del afecto de mis súbditos. Jamás me he dejado seducir por la prosperidad, y la desgracia me encuentra fuera del alcance de sus tiros. Yo había concebido y ejecutado designios para la prosperidad y la ventura del mundo. *Monarca y padre*, conozco que la paz afirma la seguridad de los tronos y la de las familias.»

Los aliados atravesaron el Rhin el 21 de diciembre de 1813 desde Bale hasta Schaffouse, con mas de cien mil hombres, y el 31 del mismo mes el ejército de Silesia, mandado por Blücher, lo pasó á su vez desde Manheim hasta Coblenza. Por orden del emperador, el Senado y el cuerpo legislativo habían nombrado dos comisiones encargadas de enterarse de los documentos relativos á las negociaciones con las potencias coaligadas: prevision de un poder que, negándose á consecuencias ya inevitables, quería dejar su responsabilidad á otro poder.

La comisión del cuerpo legislativo que presidía Mr. Lainé, osó decir: «Que los medios de paz tendrían efectos seguros, si los franceses estuvieran convencidos de que su sangre no sería derramada sino para defender una patria y leyes protectoras; y que se suplicaba á S. M. mantuviese la entera y constante ejecución de las leyes que garantizan á los franceses los derechos de la libertad, de la seguridad, de la propiedad, y á la nación el libre ejercicio de sus derechos políticos.»

El ministro de Policía, duque de Rovigo, hizo instruir causa sobre este hecho, y un decreto de 31 de diciembre aplazó el cuerpo legislativo y se cerraron las puertas de la sala: Bonaparte trató á los miembros de la comisión legislativa de *agentes pagados por la Inglaterra*.—«El tal Lainé, decía, es un traidor, que tiene correspondencia con el príncipe regente por la mediación de Desezé: Raynouard, Maine de Biran y Flaugergues son facciosos.»

El soldado se sorprendía de no encontrar ya á aquellos polacos á quienes abandonaba, y quienes, ahogándose por obedecerle, gritaban aun: *viva el emperador!* El manifiesto de la comisión decía que era una moción salida de un club de jacobinos, y en

todos sus discursos manifestaba su aversión hacia la república de que había salido, pero cuyos crímenes detestaba menos que sus libertades. A propósito de esa misma relación, añadía: «¿Se querrá restablecer la soberanía del pueblo? Pues bien, en ese caso me hago pueblo, porque yo pretendo estar siempre allí donde reside la soberanía.» Jamás déspota alguno ha explicado más enérgicamente su naturaleza: esta es la frase copiada de Luis XIV: «El Estado soy yo.»

En la recepción del día de año nuevo de 1814, todos esperaban alguna escena, y yo he conocido un hombre de aquella corte, el cual se preparaba á echar mano á la espada á todo evento. Napoleón no usó, sin embargo, de palabras violentas, mas se expresó, no obstante, con aquella fogosidad que algunas veces causaba la confusión aun entre sus mismos afabarderos: «¿Por qué, exclamaba, hablar ante la Europa de estos debates domésticos! La ropa sucia debe lavarse en familia. ¿Qué es un trono? Un pedazo de madera cubierto con otro pedazo de tela: todo depende de aquel que se sienta en él. La Francia tiene mas necesidad de mí que yo de ella. Yo soy uno de esos hombres á quienes se mata, pero á quienes no se deshonra. Dentro de tres meses tendremos la paz, ó el enemigo será arrojado de nuestro territorio, ó yo habré muerto.»

Bonaparte estaba acostumbrado á lavar en sangre la ropa sucia de los franceses: en esos tres meses ni se tuvo la paz, ni el enemigo fue echado de nuestro territorio, ni Bonaparte perdió la vida.

Abrumada por tantas desgracias y por la ingrata obstinación del amo que se había dado, la Francia se veía invadida por el inerte estupor que nace de la desesperación.

Un decreto imperial había movilizado ciento veinte y un batallones de guardias nacionales: otro decreto había formado un consejo de realeza presidido por Cambaceres y compuesto de ministros, á cuya cabeza se hallaba colocada la emperatriz, y José, monarca disponible que había vuelto de España con sus pillajes, fue nombrado comandante general de París. El 23 de enero de 1814 salió Bonaparte de su palacio para el ejército, donde iba á producir una brillante llama al apagarse.

EL PAPA PUESTO EN LIBERTAD.

La antevíspera fue devuelta al papa su independencia: la mano que á su vez iba á llevar cadenas, se vio obligada á romper los grillos que había puesto: la Providencia había cambiado las fortunas, y el viento, que soplabá al rostro de Napoleón, empujaba los aliados hacia París.

Advertido de su libertad Pío VII, se apresuró á hacer una corta oración en la capilla de Francisco I; luego subió en un carruaje, y atravesó ese bosque que, según la tradición popular, ve aparecer al gran cazador de la muerte, cuando un rey va á bajar á la tumba de Saint-Denis.

El papa viajaba bajo la vigilancia de un oficial de gendarmería que le acompañaba en un segundo coche. En Orleans supo el nombre de la ciudad en que entraba.

Siguió el camino del Mediodía, en medio de las aclamaciones de la multitud de esas provincias por donde pronto debía pasar Napoleón, apenas en seguridad bajo la guardia de los comisarios extranjeros. La marcha de su santidad se retardó por la caída misma de su opresor; las autoridades habían cesado en sus funciones, y no se obedecía á nadie: una orden firmada de Bonaparte, orden que veinte y cuatro horas antes hubiera derribado la cabeza mas alta y hecho caer un reino, era un papel sin curso, y algunos minutos de poder faltaron á Napoleón para que pudiera proteger al cautivo á quien aquel mismo poder

había perseguido. Fue preciso que un mandado provisional de los Borbones acabase de devolver la libertad al pontífice que había ceñido con su diadema una cabeza extraña: ¡qué confusión de destinos!

Pío VII caminaba en medio de los cánticos y de las lágrimas, al repique de las campanas y á los gritos de ¡viva el papa! ¡viva el jefe de la Iglesia! Llevábanle, no las llaves de las ciudades, ni capitulaciones mojadas en sangre y obtenidas por el homicidio, sino enfermos que curar, y nuevos esposos que bendecir: á los primeros decía: «Dios os consuele.» Extendía sobre los segundos sus pacíficas manos, y tomaba á los niños de pecho de los brazos de sus madres. En las ciudades solo quedaban los que no podían marchar, y los peregrinos pasaban la noche en los campos para esperar la llegada del anciano sacerdote. Los campesinos, en su candidez, encontraban que el padre santo se parecía á Nuestro Señor, y los protestantes enternecidos decían: «Hé aquí el hombre mas grande de su siglo.» Tal es la grandeza de la verdadera sociedad cristiana, donde Dios se confunde sin cesar con los hombres. Tal es sobre la fuerza del hacha y del cetro la superioridad del poder del débil, sostenido por la religión y la desgracia.

Pío VII atravesó Carcassonne, Beziers, Montpellier y Nimes, para volver á Italia. A orillas del Ródano parecía que los innumerables cruzados de Raimundo de Tolosa pasaban aun revista en Saint Remy. El papa volvió á ver á Niza, Savona é Imola, testigos de sus aflicciones recientes y de las primeras maceraciones de su vida: siempre gusta llorar donde se ha llorado. En las condiciones ordinarias, se recuerdan siempre los lugares y los tiempos de felicidad, y Pío VII recordaba sus virtudes y sus padecimientos como un hombre revive en la memoria de sus pasiones apagadas.

En Bolonia fue dejado el papa en manos de las autoridades austriacas. Murat, Joaquín-Napoleón, rey de Nápoles, le escribió el 4 de abril de 1814:

«Santísimo padre, habiéndome hecho dueño la suerte de las armas de los Estados que poseáis cuando os visteis obligado á salir de Roma, no vacilo en ponerlos bajo vuestra autoridad, renunciando en favor vuestro á todos mis derechos de conquista sobre este país.»

¿Qué se ha dejado á Joaquín y á Napoleón moribundos?

Aun no había llegado el papa á Roma, cuando ofreció un asilo á la madre de Bonaparte. Sus legados habían tomado posesión de la ciudad eterna, y el 23 de mayo, en medio de la primavera, Pío VII distinguió la cúpula de San Pedro. Se ha contado que derramó lágrimas al volver á ver la cúpula sagrada. Cuando iba á atravesar la puerta del Pópulo, fue detenido el pontífice, y veinte y dos huérfanos vestidos con túnicas blancas, y cuarenta doncellas llevando grandes palmas doradas, se adelantaron á su encuentro entonando cánticos. ¡La multitud gritaba Hosanna! Pignatelli, que mandaba las tropas en el Quirinal cuando Radet tomó por asalto el jardín de las olivas de Pío VII, conducía ahora la procesión de las palmas. Al mismo tiempo que Pignatelli cambiaba de papel, nobles perjuros tomaban en París, detrás del sillón de Luis XVIII, sus funciones de grandes servidores: la prosperidad nos es transmitida con sus esclavos, como en otro tiempo una tierra señorial era vendida con sus siervos.

NOTAS QUE LUEGO FUERON EL FOLLETO DE BONAPARTE Y DE LOS BORBONES.—TOMO UNA HABITACION EN LA CALLE DE RIVOLI.—ADMIRABLE CAMPAÑA DE FRANCIA, 1814.

En el libro segundo de estas Memorias se lee (en-

tonces volvía yo de mi primer destino de Dieppe): «Se me ha permitido volver á mi valle. La tierra tiembla bajo los pasos del soldado extranjero, y escribo, como los últimos romanos, al ruido de la invasión de los bárbaros. Durante el día trazo páginas tan agitadas como los sucesos de ese mismo día; y de noche, mientras que el zumbido del cañon lejano espira en mis bosques solitarios, vuelvo al silencio de los años que duermen en la tumba, y á la paz de mis recuerdos mas juveniles.»

Estas páginas agitadas que yo trazaba, eran notas relativas á los sucesos del momento, las cuales, reunidas, compusieron luego mi folleto: *De Bonaparte y de los Borbones*. Tenía yo tan alta idea del genio de Napoleón y del valor de nuestros soldados, que una invasión del extranjero, feliz hasta en sus últimos resultados, no podía caberme en la cabeza, pero yo pensaba que esa invasión, haciendo sentir á la Francia el peligro á que la ambición de Bonaparte la había reducido, produciría un movimiento interior, y que la libertad de los franceses provendría de sus propias manos. Con esta idea escribía yo mis notas, á fin de que si nuestras asambleas políticas detenia la marcha de los aliados y se resolvían á separarse del grande hombre, convertido en un azote, tuviesen á quien recurrir: el refugio me parecía estar en la autoridad, modificada según los tiempos, bajo la cual habían vivido nuestros abuelos durante ocho siglos: cuando en una tormenta solo se encuentra á mano un edificio, por mas arruinado que esté, en él nos refugiarnos.

En el invierno de 1813 á 1814 tomé una habitación en la calle de Rivoli, enfrente de la primera reja del jardín de las Tuilerías, ante la cual había oído pregonar la muerte del duque de Enghien. Aun no se veían en esta calle mas que las arcadas construidas por el gobierno y algunas casas que comenzaban á edificarse.

Necesitábase nada menos que los males de que la Francia estaba colmada para mantenerse en el alejamiento que Napoleón inspiraba y para defenderse al mismo tiempo de la admiración que hacía renacer tan pronto como obraba: era el genio mas firme de acción que haya existido jamás. Su primera campaña en Italia y su última campaña en Francia (no hablo de Waterloo) son sus dos páginas mas hermosas: Condé en la primera, Turenne en la segunda, gran guerrero en aquella, grande hombre en esta; pero con diferentes resultados, por una ganó el imperio, y por la otra lo perdió. Sus últimas horas de poder, desarraigadas y todo como estaban, no pudieron ser arrancadas, como los dientes de un león, sino por los esfuerzos de los brazos de la Europa. El nombre de Napoleón era todavía tan formidable, que los ejércitos enemigos no pasaron el Rhin sino llenos de terror y sin cesar miraban atrás para asegurarse bien de que era posible la retirada: dueños de París, todavía temblaban. Dirigiendo la vista Alejandro hacia la Rusia al entrar en Francia, felicitaba á las personas que podían marcharse allá, y escribía á su madre sus ansiedades y sus penas.

Napoleón bate á los rusos en Saint-Dizier, y á los prusianos y á los rusos en Brienne, como para honrar los campos en que había sido educado. Destruye el ejército de Silesia en Montmirail, en Champauvert, y una parte del grande ejército en Montereau. En todas partes se encuentra, y va, y viene, y rechaza las columnas de que se vé rodeado. Los aliados proponen un armisticio, y Bonaparte rompe los preliminares de la paz ofrecida, y exclama: «¿Yo estoy mas cerca de Viena que el emperador de Austria de París!»

La Rusia, el Austria, la Prusia y la Inglaterra, para reforzarse mutuamente, concluyeron en Chaumont un nuevo tratado de alianza; pero en el fondo, alarmadas de la resistencia de Bonaparte, pensaban en

la retirada. En Lyon se formaba un ejército en el flanco de los austriacos; en el Mediodía el mariscal Soult detenía á los ingleses, y el congreso de Chatillon, que no fue disuelto hasta el 15 de marzo, negociaba aun. Bonaparte echó á Blucher de las alturas de Craone. El grande ejército aliado no había triunfado el 27 de febrero en Bar-sur-Aube, sino por la superioridad del número. Multiplicándose Bonaparte había recobrado á Troyes que los aliados volvieron á ocupar. De Craone se dirigió Bonaparte á Reims, y dijo: «Esta noche iré á coger á mi suegro en Troyes.»

El 20 de marzo tuvo lugar un combate cerca de Arcis-sur-Aube. En medio de un fuego atronador de artillería, cae una bomba en el frente de un cuadro de la guardia, que pareció hacer un ligero movimiento: Bonaparte se precipita sobre el proyectil cuya mecha arde, y la hace husmear á su caballo: la bomba revienta y el emperador sale sano y salvo de en medio de sus inflamados cascos.

La batalla debía continuar el día siguiente; pero cediendo Bonaparte á la inspiración del genio; inspiración que sin embargo le fue funesta, se retira á fin de dirigirse sobre la retaguardia de las tropas confederadas, separarlas de sus almacenes y engrosar su ejército con las guarniciones de las plazas fronterizas. Los extranjeros se preparaban á replegar sobre el Rhin, cuando Alejandro, por uno de esos impulsos del cielo que cambian todo el mundo, tomó el partido de marchar á París, cuyo camino veía libre (1). Napoleón creía arrastrar la masa de los enemigos, y solo era seguido de diez mil hombres de caballería que él pensaba fuesen la vanguardia de las tropas principales, y que le ocultaban el movimiento real de los prusianos y de los moscovitas. Dispersó á esos diez mil caballos en Saint-Dizier y Vitry, y entonces conoció que el grande ejército aliado no iba detrás. Este ejército, precipitándose sobre la capital, solo tenía delante los mariscales Marmont y Mortier, con unos doce mil conscriptos.

Napoleón se dirigió apresuradamente sobre Fontainebleau, donde una santa víctima, al retirarse, había dejado el remunerador y el vengador. Siempre en la historia marchan juntas dos cosas: si un hombre se abre una vía de injusticia, al mismo tiempo se abrirá una vía de perdición, en la cual, á una distancia marcada, el primer camino viene á caer en el segundo.

COMIENZO Á IMPRIMIR MI FOLLETO.—NOTA DE MAD. DE CHATEAUBRIAND.

Los ánimos estaban muy agitados: la esperanza de ver cesar, á toda costa, una guerra cruel que pesaba hacia veinte años sobre la Francia, harta ya de desgracias y de gloria, comenzaba á invadir las masas. Cada cual se ocupaba del partido que debería tomar en la próxima catástrofe, y todas las noches iban mis amigos á charlar en el cuarto de Mad. de Chateaubriand, contando y comentando los acontecimientos del día. Mr. de Fontanes, de Clausel y Joubert acudían con la multitud de esos amigos de pasaje que dan los sucesos y que los sucesos retiran. La señora duquesa de Levis, bella y apacible, á quien luego encontraremos en Gante, hacia fiel compañía á Mad. de Chateaubriand. La señora duquesa de Duras estaba también en París, y yo iba muchas veces á visitar á la señora marquesa de Montealm, hermana del duque de Richelieu.

A pesar de la inmediatez de los campos de batalla, yo continuaba persuadido de que los aliados no entrarían en París, y de que una insurrección nacional pondría fin á nuestros temores. La obcecación de esta

(1) He oído contar al general Pozzo que él fue quien determinó á Alejandro á marchar adelante.

idea me impedía sentir tan vivamente como lo hubiera hecho la presencia de los ejércitos extranjeros; pero no podía menos de reflexionar en las calamidades que habíamos hecho experimentar á la Europa, al ver á la Europa devolviéndonoslas.

Entre tanto no cesaba de ocuparme de mi folleto, que preparaba como un remedio para cuando llegase á estallar el momento de la anarquía. No es así como escribimos hoy, sin mas guerra que temer que la de los folletines. Por la noche me encerraba bajo llave, y metiendo mis papelotes debajo de la almohada, dejaba dos pistolas cargadas sobre la mesa; así me acostaba entre estas dos musas. Había compuesto mi texto bajo la forma de folleto, que ha conservado, y á manera de discurso, diferente en ciertos puntos del folleto, pues suponía que al levantamiento de la Francia acudiría la multitud á reunirse en el Hotel de Ville, y me había preparado así sobre dos temas.

Mad. de Chateaubriand ha escrito algunas notas en diversas épocas de nuestra vida comun; entre estas notas encuentro el párrafo siguiente:

«Mr. Chateaubriand estaba escribiendo su folleto *De Bonaparte y de los Borbones*. Si se hubieran apoderado de este folleto, no era dudosa la sentencia: el cadalso. Sin embargo, el autor ponía una negligencia increíble en ocultarlo, y muchas veces, cuando salía, lo dejaba olvidado sobre su mesa; su prudencia no pasaba nunca de meterlo debajo de la almohada, lo cual hacia delante de su ayuda de cámara, mozo muy honrado, pero que podía dejarse tentar. Yo padecía angustias mortales, y así, en el momento en que salía Mr. de Chateaubriand, iba por el manuscrito, y me lo guardaba. Un día, al atravesar las Tullerías, advertí que no lo llevaba, y muy segura de haberlo sentido al salir, no dudé haberlo perdido en el camino. Ya veía yo el fatal escrito entre las manos de la policía, á Mr. de Chateaubriand preso, y caigo sin conocimiento en medio del jardín; algunas buenas gentes que me socorrieron me llevaron á casa, que no estaba muy lejos. ¡Qué suplicio cuando al subir la escalera vacilaba entre un temor que era casi una certidumbre, y una leve esperanza de haber olvidado tomar el manuscrito! Al acercarme al cuarto de mi marido, me sentí desfallecer de nuevo; entro, en fin, y nada había sobre la mesa; me acerco al lecho, tiendo primero la almohada, y no siento nada; pero la levanto, y veo el rollo de papeles. Cada vez que pienso en ello me laté el corazón, y jamás he experimentado en mi vida semejante movimiento de alegría; puedo decir, en verdad, que no hubiera sido tan grande si me hubiese visto libre al pié del cadalso, porque aquel á quien veía libre me era mucho mas caro que mi misma vida.»

¡Qué infeliz sería yo si hubiese podido causar un momento de pena á Mad. de Chateaubriand!

Hábame visto obligado á confiar mi secreto á un impresor, el cual había consentido en arriesgar el lance: conforme á las noticias de cada hora, me devolvía ó se llevaba las pruebas corregidas á medias, segun que el ruido del cañon se acercaba ó alejaba de París: por espacio de quince dias jugué de esta manera mi vida.

LA GUERRA EN LAS PUERTAS DE PARÍS.—VISTA DE PARÍS.—COMBATE DE BELLEVILLE.—FUGA DE MARÍA LUISA Y DE LA REGENCIA.—MR. DE TALLEYRAND PERMANECE EN PARÍS.

El cerco se estrechaba enrededor de la capital, y á cada instante se sabía un progreso del enemigo. Por las barreras entraban mezclados prisioneros rusos, y heridos franceses conducidos en carretas; algunos de ellos caían medio muertos bajo las ruedas que ensangrataban, y algunos conscriptos, llamados de lo interior, atravesaban la capital, dirigiéndose al ejér-

cito. Por la noche se oían pasar por los baluartes exteriores los trenes de artillería, y no se sabía si las detonaciones lejanas anunciaban la victoria decisiva ó la última derrota.

Al fin vino la guerra á establecerse en las barreras de París. Desde las torres de Notre-Dame se vió aparecer la cabeza de las columnas rusas, así como las primeras ondulaciones del flujo de la mar sobre una playa. Entonces sentí lo que debía experimentar un romano cuando desde lo alto del Capitolio descubria los soldados de Alarico y la antigua ciudad de los latinos á sus piés, como yo descubria los soldados rusos y á mis piés la antigua ciudad de los Galos. ¡Adios, pues, lares patrios, hogares conservadores de las tradiciones del país, techos bajo los cuales habían respirado aquella Virginia sacrificada por su padre al pudor y á la libertad, aquella Eloisa adicta por el amor á la religion y á las letras!

Hacia dos siglos que París no veía el humo de los campamentos del enemigo, y es Bonaparte quien, de triunfo en triunfo, ha traído los tebanos á la vista de las mujeres de Esparta. París era el punto de que había partido para correr la tierra, y á él volvía dejando detrás el enorme incendio de sus nuevas conquistas.

Precipitábanse en el jardín botánico, que en otro tiempo hubiera podido proteger la abadía fortificada de Saint-Victor, el pequeño número de cisnes y de plátanos, á quien nuestro poder había prometido una paz eterna, era perturbado, y desde lo alto del laberinto, por encima de los grandes cedros, por encima de los graneros de abundancia que Bonaparte no había tenido tiempo de concluir, y mas allá del lugar de la Bastilla y del torreón de Vincennes (lugares que referían nuestra sucesiva historia), la muchedumbre miraba los fuegos de la infantería en el combate de Belleville. Montmartre es tomado, y las balas de cañon llegaron hasta los *bulevares* del Temple. Algunas compañías de la guardia nacional salieron, y perdieron trescientos hombres alrededor del sepulcro de los *mártires*. Jamás brilló la Francia militar con mas vivo esplendor en medio de sus reveses: los últimos héroes fueron los ciento cincuenta jóvenes de la escuela politécnica, transformados en artilleros en los reductos del camino de Vincennes. Cercados de enemigos, rehusaban rendirse, y fue preciso arrancarlos de sus piezas: el granadero ruso los agarraba ennegrecidos de pólvora y cubiertos de heridas, y mientras que ellos se defendían con sus brazos, los rusos alzaban en el aire con gritos de victoria y de admiración estas tiernas palmas francesas que entregaban ensangrentadas á sus madres.

Durante este tiempo huía Cambaceres con María Luisa, el rey de Roma y la regencia. En las esquinas se leía esta proclama:

El rey José, lugarteniente general del emperador, comandante en jefe de la guardia nacional.

«Ciudadanos de París:

«El consejo de regencia ha provisto á la seguridad de la emperatriz y del rey de Roma: yo me quedo con vosotros. Armémonos para defender esta ciudad sus monumentos, sus riquezas, nuestras mujeres, nuestros hijos, todo lo que nos es querido. Que esta inmensa ciudad se convierta en un campamento por algunos instantes, y que el enemigo encuentre su vergüenza al pié de estos muros que espera atravesar en triunfo.»

Rostopschino no había pretendido defender á Moscú; lo incendió. José anunciaba que no abandonaría jamás á los parisienses, y huía en secreto, dejándonos su valor pegado en las esquinas de las calles.

Mr. de Talleyrand hacia parte de la regencia nombrada por Napoleon. Desde el dia en que el obispo de

Autun dejó de ser ministro de relaciones exteriores del imperio, solo había soñado una cosa, la desaparición de Bonaparte seguida de la regencia de María Luisa, regencia de que él, príncipe de Benevento, hubiera sido el jefe. Nombrándole Bonaparte miembro de una regencia provisional en 1814, parecía haber favorecido sus designios secretos. La muerte napoleónica no había sobrevenido, y solo quedó á Mr. de Talleyrand el recurso de arrastrarse á los piés del coloso que no podía derribar, y de sacar partido del momento en pro de sus intereses. La posición se presentaba difícil; permanecer en la capital era cosa indicada, pero si Bonaparte volvía, el príncipe separado de la regencia fugitiva corria riesgo de ser fusilado; por otra parte, ¿cómo abandonar á París en el momento en que los aliados podían penetrar en él? ¿No sería esto renunciar al provecho del éxito, hacer traición á ese mañana de los acontecimientos para el cual estaba hecho Mr. de Talleyrand? Lejos de inclinarse hácia los Borbones, los temía á causa de sus diversas apostasias. Sin embargo, puesto que había una probabilidad cualquiera para ellos, Mr. de Vitrolles, con el asentimiento del prelado casado, se trasladó ocultamente al congreso de Chatillon como cuchicheo encubierto de la legitimidad. Tomada esta precaución, y á fin de salir del aprieto en París, el príncipe recurrió á uno de esos ardides en los cuales era maestro consumado.

Mr. Labone, que poco despues, en tiempo de Mr. Dupont de Nemours, fue secretario particular del gobierno provisional, fué á ver á Mr. de Laborde, agregado á la guardia nacional, y le reveló la marcha de Mr. de Talleyrand.—«Se dispone, le dijo, á seguir á la regencia, y tal vez os parezca necesario prenderlo, á fin de poder negociar con los aliados, si es necesario.» La comedia fue representada con la mayor perfección. Cárganse con gran estrépito los carruajes del príncipe, y se pone en marcha el 30 de marzo á medio dia: al llegar á la barrera de *Enfer* le rechazan inexorablemente, á pesar de sus protestas. En caso de una vuelta milagrosa, allí estaban las pruebas atestiguanado que el antiguo ministro había querido seguir á María Luisa, y que la fuerza armada le había cerrado el paso.

PROCLAMA DEL PRÍNCIPE GENERALISIMO SCHWARTZEMBERG.—DISCURSO DE ALEJANDRO.—CAPITULACION DE PARÍS.

Entre tanto, en presencia de los aliados, el conde Alejandro de Laborde y Mr. Tourton, oficiales superiores de la guardia nacional, habían sido enviados cerca del generalísimo príncipe de Schwartzemberg, el cual había sido uno de los generales de Bonaparte durante la campaña de Rusia. La proclama del generalísimo fue conocida en París en la tarde del 30 de marzo. «Hace veinte años, decía, la Europa está inundada de sangre y de lágrimas: las tentativas para poner un término á tantas desgracias han sido inútiles, porque existe en el principio mismo del gobierno que os oprime un obstáculo insuperable á la paz. Parisienses, ya conocéis la situación de vuestra patria; la conservación y la tranquilidad de vuestra ciudad serán el objeto de los cuidados de los aliados. Con estos sentimientos es como la Europa, armada ante vuestros muros, se dirige á vosotros.»

¡Qué magnífica confesion de la grandeza de la Francia! *La Europa, armada ante vuestros muros se dirige á vosotros*. Nosotros, que nada habíamos respetado, éramos respetados por aquellos cuyas ciudades habíamos saqueado y quienes á su vez se habían hecho los mas fuertes. Nosotros les parecíamos una nación sagrada; nuestras tierras les parecían una campaña de Elide, que, de parte de los dioses, ningún batallón podía hollar con su planta. Si, no obstante,

París hubiera creído deber hacer una resistencia de veinte y cuatro horas, los resultados habrían cambiado; pero nadie, excepto los soldados embriagados de fuego y de honor, quería ya á Bonaparte, y por el temor de conservarlo se apresuraron á abrir las barreras.

París capituló el 31 de marzo: la capitulación militar se firmó en nombre de los generales Mortier y Marmont, y por los coroneles Denis y Fabvier; la civil tuvo lugar en nombre de los alcaldes de París. El consejo municipal y departamental envió una diputación al cuartel general ruso para arreglar los diferentes artículos: mi compañero de destierro, Christian de Lamoignon, era del número de los mandatarios, á quien Alejandro dijo:

«Nuestro emperador, que era mi aliado, ha ido hasta el corazón de mis Estados, llevando consigo males, cuyas huellas durarán largo tiempo: una justa defensa me ha traído hasta aquí, aunque estoy lejos de querer devolver á la Francia los males que de ella he recibido. Soy justo, y sé que esto no ha sido culpa de los franceses. Los franceses son mis amigos, y quiero probarles que vengo á devolverles bien por mal. Napoleon es mi único enemigo. Yo prometo mi protección especial á la ciudad de París; protegeré y conservaré todos los establecimientos públicos; solo se alojarán en la ciudad tropas escogidas, y conservaré la guardia nacional que está formada de lo mejor de vuestros ciudadanos. A vosotros corresponde aseguraros vuestra dicha futura; es preciso daros un gobierno que procure el reposo y le procure á la Europa. A vosotros corresponde emitir vuestro voto, y siempre me encontrareis dispuesto á secundar vuestros esfuerzos.»

Palabras que fueron cumplidas puntualmente: ¡cuales debían ser los sentimientos de Alejandro cuando distinguió las cúpulas de los edificios de esta ciudad, donde jamás había entrado el extranjero sino para admirarnos, para gozar de las maravillas de nuestra civilización y de nuestra inteligencia; de esta inviolable ciudad, defendida durante doce siglos por sus grandes hombres; de esta capital de la gloria, que aun parecía proteger con su sombra Luis XIV!

ENTRADA DE LOS ALIADOS EN PARÍS.—BONAPARTE EN FONTAINEBLEAU.

Dios había pronunciado una de esas palabras que de cuando en cuando interrumpen el silencio de la eternidad. Entonces, en medio de la generación presente, se levantó el martillo que dió la hora que París solo había oído sonar una vez. El 25 de diciembre de 496, Reims anunció el bautismo de Clovis, y las puertas de Lutecia se abrieron á los francos; el 30 de marzo de 1814, despues del bautismo de sangre de Luis XVI, el viejo martillo que permanecía inmóvil, se levantó de nuevo sobre la campana de la antigua monarquía: un segundo golpe resonó, y los tártaros penetraron en París. En el intervalo de mil trescientos diez y ocho años, el extranjero había insultado las murallas de la capital de nuestro imperio, sin poder nunca penetrar en ella, excepto cuando se introdujo llamado por nuestras propias divisiones. Los normandos sitiaron la ciudad de los *Parisii*, y estos se apoderaron de los gavilanes que llevaban en el puño: Eudes, hijo de Paris, y rey futuro, *rex futurus*, dice Abdon, rechazó á los piratas del Norte: los *parisienses* soltaron sus águilas en 1814, y los aliados entraron en el Louvre.

Bonaparte había hecho injustamente la guerra á Alejandro su admirador, que imploraba la paz de rodillas: Bonaparte había ordenado la carnicería del Moskowa, obligado á los rusos á que ellos mismos

incendiasen á Moscou, habia despojado á Berlin, humillado á su rey é insultado á su reina. ¿Qué represalias, pues, debiamos esperar? Vais á verlo.

Yo habia errado en las Floridas en rededor de momentos desconocidos, en otro tiempo devastado por conquistadores, de los que hoy no queda huella alguna: pero estaba reservado para ver el espectáculo de las hordas caucásicas acampadas en el patio del Louvre. En estos sucesos de la historia, que segun Montaigne son testigos de nuestro mérito y capacidad, mi lengua se pega al paladar.

Adhæret lingua mea faucibus meis.

El ejército de los aliados entró en París el 31 de marzo de 1814 á medio día, y diez antes del aniversario de la muerte del duque de Enghien, 21 de marzo de 1804. ¿Valia la pena para Bonaparte haber cometido una accion de tan larga memoria, por un reinado que debia durar tan poco? El emperador de Rusia y el rey de Prusia estaban á la cabeza de sus tropas: yo los ví desfilar en los bulevares. Estupe-



MURAT.

actó y anonadado en mí mismo, como si me arrancasen mi nombre de francés para sustituirle el número por el cual debia ser conocido de allí en adelante en las minas de la Siberia, sentia al mismo tiempo crecer mi exasperacion contra el hombre cuya gloria nos habia reducido á esta vergüenza.

Sin embargo, esta primera invasion de los aliados no tiene ejemplo en los anales del mundo: el orden, la paz y la moderacion reinaron en todas partes; las tiendas se volvieron á abrir, y los soldados rusos de la guardia, de seis piés de estatura, eran seguidos por las calles por pilletes franceses que se burlaban de ellos como si fueran figurones y máscaras de carnaval. Los vencidos podian ser tomados por vencedores, y estos temblando de sus triunfos, tenian el aire

de pedir una excusa. La guardia nacional ocupaba solo lo interior de París, á excepcion de los edificios en que se alojaban los reyes y príncipes extranjeros. El 31 de marzo de 1814 ocupaban la Francia ejércitos numerosos, y algunos meses despues todas estas tropas volvieron á pasar las fronteras, sin disparar un tiro, sin derramar una gota de sangre desde la entrada de los Borbones. La antigua Francia se encuentra ensanchada en algunas de sus fronteras; diviéndose con ella los navios y los almacenes de Angers, y se le devuelven trescientos mil prisioneros dispersos en los países donde los habia dejado la derrota ó la victoria. Despues de veinte y cinco años de combates, cesa el rumor de las armas de un extremo á otro de Europa. Alejandro se marcha, dejándonos

las obras maestras conquistadas y la libertad depositada en la carta, libertad que debimos tanto á sus luces como á su influencia. Gefe de las dos autoridades supremas, doblemente autócrata por la espada y por la religion, solo él, de todos los soberanos de Europa, habia comprendido que en la edad de civilizacion á que la Francia habia llegado no podia ser ya gobernada sino en virtud de una constitucion libre.

En nuestra enemistad natural con los extranjeros, hemos confundido la invasion de 1814 y la de 1815, que de ningun modo se parecen.

Alejandro no se consideraba como un instrumento de la Providencia, ni se atribuia nada. Complimentándole Mad. Stael sobre la felicidad que sus súbditos privados de una constitucion, tenian de ser gober-

nados por él, dió esta conocida respuesta:—«Yo no soy mas que un accidente feliz.»

Atestiguándole un jóven en las calles de París su admiracion por la afabilidad con que habia acogido á los mas insignificantes ciudadanos, le replicó:—«Pues qué, ¿los soberanos no están hechos para eso?» El emperador no quiso habitar el palacio de las Tullerías, recordando que Bonaparte lo habia hecho en los palacios de Viena, de Berlin y de Moscou.

Mirando la estatua de Napoleon sobre la columna de la plaza Vendome, dijo:—«Si yo estuviese tan alto, temeria se me desvaneciera la cabeza.»

Cuando recorria el palacio de las Tullerías, le enseñaron el salon de la Paz, y dijo riendo:—«Y de qué servia este salon á Bonaparte?»



NAPOLÉON SE DESPIDE DE SU FAMILIA.

El dia de la entrada de Luis XVIII en París se ocultó Alejandro detrás de una ventana, sin ninguna señal de distincion, para ver pasar la comitiva.

Algunas veces tenia maneras elegantemente afectuosas. Visitando una casa de locos preguntó á una mujer si era considerable el número de las *locas por amor*:—«Hasta el presente no lo es, respondió ella: pero es de temer que aumente, á contar desde el momento de la entrada de V. M. en París.»

Un gran dignatario de Napoleon decia al czar:—«Hace mucho tiempo, señor, que vuestra llegada era

esperada y deseada aqui.—Yo hubiera venido mas pronto, respondió; y no acuseis de mi tardanza sino al valor francés.» Es cierto que al pasar el Rhin habia sentido no poderse retirar en paz al seno de su familia.

En el cuartel de los Inválidos encontró los soldados mutilados que le habian vencido en Austerlitz, y que estaban silenciosos y mudos: no se oia mas que el ruido de sus piernas de palo en sus patios desiertos y en su iglesia desnuda; Alejandro se enterneció, y mandó que les llevasen doce cañones rusos.